

Libertad

Hilda Rojas Correa

Prólogo

Estaba perdida...

Si le hubieran dicho hace un mes que iba a estar en esta situación, ella se hubiera reído de buena gana. Si ella fuese adivina, habría hecho muchas cosas de diferente manera. No podía creer que todo iba a terminar así, sin lágrimas, sin despedidas.

Quería verlo, al amor de su vida, aunque fuese una vez más. Las cosas estaban hechas, ya no se podía retroceder en el tiempo.

Sintió un olor fuerte, en cuestión de minutos el mundo empezó a dar vueltas, no podía moverse, sus ojos no podía abrirlos, ella no podía moverse... ella no podía...

Capítulo 1

Hace un mes... En una conversación grupal de WhatsApp.

Libertad: *Esta es mi última carrera, lo prometo, niñas, hace años que no lo hago, pero solo tengo que hacerlo una vez más. Será mi despedida de las pistas.*

Grettel: *¡Pero es que te puedes matar, por Dios, Libertad!*

Libertad: *Grettel, no te preocupes, pero si me pasa algo, quiero que...*

Caro: *¡¡¡No te va a pasar nada, porque no te subirás a ese puto auto!!*

«Como si pudiera detenerme atravesando el celular, ¡jáj!», pensó Libertad.

Paloma: *Por favor cuídate, Liber... y que esa tarada no te vea ni el polvo.*

Libertad: *Sí, sí me voy a cuidar.*

Denisse: *Nos llamas apenas termines con tu carrera, sino te vamos a colgar.*

Caro: *Liber... me estás haciendo llorar, avísanos apenas termines. ¡NI UN MINUTO MÁS!*

Libertad: *Ya, niñas, me llaman por acá, les aviso cualquier cosa.*

Paloma: *¡Suerte!*

Caro: *¡Llámanos!*

Denisse: *¿Ya se fue Liber?*



A esa misma hora en una carretera a las afueras de Santiago...

Libertad estaba al volante esperando a que su copiloto llegara, estaba nerviosa, sus amigas le pusieron los nervios de punta, aún más si eso era posible. Ya estaba casi arrepentida de haberles contado sobre su última carrera clandestina. De haber sabido que se iban a poner como locas y fatalistas, mejor se hubiera guardado el secreto.

Prácticamente todo estaba listo, solo le faltaba su copiloto que esta-

ba tardando bastante en llegar.

—¡Maldito!, por qué no llega nunca a la hora —rezongó Libertad harta del atraso. Odiaba la impuntualidad con todo su corazón, tanto como Gargamel odiaba a los Pitufos.

Todo era un enredo, ni siquiera se dio cuenta de cómo Marcos, su ex, llegó a ser su copiloto.

Marcos, ¡qué gran hijo de puta!, si hacemos un resumen de lo que fue su relación podríamos decir que:

Él y Libertad vivieron juntos un par de años, cuando comenzaron su relación ella tenía veintidós años y él veintisiete. Marcos le exigió a ella que dejara de competir, a lo cual ella accedió por amor. Todo fue muy bonito durante el primer año, hasta que de la nada Marcos empezó a portarse como un patán, la inexperiencia de Libertad en ese entonces, le jugó una mala pasada. Las cosas no resultaron, peleaban por todo y las discusiones comenzaron a salirse de madre, y para rematar su fallido «felices para siempre», Marcos cerró con broche de oro su relación con una infidelidad.

Con la hija de la mejor amiga de la madre de Marcos.

A la cual veía todos los santos días.

Y tenía fama de putilla. Hasta nombre de putilla tenía, Deyanira (pongan énfasis arrastrando la sílaba «ya»).

Libertad quedó destruida, hecha polvo.

Apenas ella se enteró de todo dejó el hogar común, y Marcos inmediatamente empezó una relación formal con Deyanira, total, ¿para qué perder el tiempo, no?

Irónicamente y fuera de todo pronóstico, después de unos meses de relación con Deyanira, Marcos no pierde oportunidad con Libertad y «recuerdan viejos tiempos».

Marcos es la gran debilidad de Libertad, pero ella no lo reconoce, ni siquiera para sí misma, y siempre ante todos, mantiene su postura de «me importa un soberano carajo lo que Marcos haga con su vida».

Sin embargo, no muchos le creen su actuación.

Bueno, en realidad a Libertad no le importaba lo que él hacía o dejaba de hacer, pero tampoco le era totalmente indiferente. Eso pasaba solo cuando él estaba cerca, y lamentablemente, eso era constantemente.

Marcos... Oh Marcos, era, mejor dicho es, un hombre muy atractivo, con mucha personalidad, alto, moreno. No es Einstein, pero si es más inteligente que el promedio, pero su inteligencia emocional es inversamente proporcional a la intelectual. Básicamente, no sabe lo que hace hasta que tiene la mierda hasta el cuello.

Su gran debilidad es Libertad, y a pesar de tener una relación con Deyanira (la que tiene fama de putilla), cada vez que ve a Libertad intentando rehacer su vida, hace uso de su inexistente sentido común, y la seduce, o la humilla, o trata de marcar territorio como un simio macho alfa. Podríamos decir que es narcisista y egocéntrico. Ama y odia a Libertad en partes iguales. Sabe que le ha hecho daño, pero no puede

evitar hacerlo cada vez que está cerca.

A esto podemos llamarlo una relación tóxica, una que nadie reconoce.

En fin, cuando Libertad se decidió a realizar su última carrera. Su contrincante no podía ser menos que Deyanira, a través de ella se enteró Marcos de la carrera, y haciendo gala de su «sensatez», se autonombró copiloto de Libertad, humillando públicamente a Deyanira, porque lo lógico sería que fuera el copiloto de su propia pareja y no el de su ex.

Libertad que a estas alturas ya estaba que se daba cabezazos contra el volante de los nervios y la impaciencia que la consumía, empezó a hablar sola para tranquilizarse a sí misma. Se daba ánimos, total la carrera era un solo un cuarto de milla, nada que no haya hecho antes.

—Enfócate, Libertad... concéntrate... Inhala, exhala, inhala, exhala... Oooooooooohmmmm...

Ya cuando empezaba a volver a respirar tranquilamente, Marcos intempestivamente le golpeó el vidrio de la puerta del auto. Libertad dio un salto de su asiento revelando su estado de ánimo inquieto y chilló del susto.

—¡Estúpido! Me asustaste... te has demorado un kilo en llegar —reprendió molesta.

—No te *enojí* —dijo Marcos sonriendo, aaah esa sonrisa de comercial de pasta dental, tan atractivo y tan patán—, todavía no empieza nada.

Marcos entró al vehículo muy seguro de sí mismo. Libertad siempre ha sido una tentación para él, pero no volvería con ella, pues ya asumió que su estilo no era la monogamia, por más amor que le profese a una pareja. Él amaba a su manera, y su manera no es la que las mujeres buscan en una relación ideal de compromiso y fidelidad.

En realidad, solo estaba con Deyanira porque era muy buena en el sexo y no le hacía escenitas de celos, a pesar del descaro de él de estar siempre pendiente de Libertad. Probablemente Deyanira carecía de dignidad, o amor propio o tal vez es ciega, sorda, muda... alguna incapacidad mental debe tener, para no notar el comportamiento desvergonzado de Marcos.

—De hecho, tenemos tiempo de sobra para la carrera, ¿por qué no nos relajamos un ratito? —propuso Marcos con falsa inocencia.

—Mmmm... no sé... —Ella miró felinamente a Marcos, directamente a sus ojos café, tan oscuros que eran casi negros.

Libertad que bien conocía las artes amatorias de Marcos no podía resistírsele, más aún cuando ella tenía un par de semanas de sequía sexual. Se definía a sí misma como una gozadora de la vida y el sexo, amigos con derecho a roce no le faltaban, y siendo una mujer soltera, no tenía por qué estar sin su cuota de cariño y su dosis de orgasmos semanales. Marcos representaba en este momento su liberación acumulada. Era contradictorio, cada vez que tenía un *remember* con Marcos se sentía poderosa y a la vez doblegada. Aún no tenía la fuerza suficiente para desaparecer de la vida de él, porque eso al final dependía de ella. Él, por

su parte, nunca la dejaría en paz. Y eso ella lo sabía.

Marcos ágilmente desabrochó el cinturón de seguridad de ella, y la montó a horcajadas sobre él, se besaron como animales, literalmente se devoraron. Libertad se frotaba sobre la dura excitación de Marcos, y él estaba a punto de explotar. Siempre, siempre Libertad le desataba las más profundas pasiones. Solo quería estar dentro de ella, sentir una vez más su estrecha calidez. Era tan fácil, solo debía desabrochar el botón de su pantalón y bajar el cierre.

Libertad parecía poseída, estaba tan cerca de su preciado orgasmo. Su sexo estaba listo y dispuesto, el roce y el movimiento de ambos la excitaba de sobremanera. Sería tan fácil, solo subirse la falda y correr su ropa interior.

—¡Hey, Bob Esponja... Chúpame la corneeta!... ¡Hey, Bob Esponja... Chúpame la corneeta!

Si Calamardo es la cosa más anti morbo del mundo, escucharlo en medio de un asalto sexual baja la temperatura al cero absoluto. A menos que Calamardo sea tu fetiche sexual, claro está...

—¿Qué mierda es eso? —preguntó Libertad molesta por la interrupción.

—Es mi celular, es el Lucho... mi cuñado... —contestó Marcos confundido aún agitado por la excitación.

—Sé quién es él. ¿Viene a la carrera?

—Sí.

—¡Contéstale pues, hombre!

Marcos contestó el llamado, y después de una breve conversación, le confirmaron el inicio de la carrera. Libertad encendió el motor y condujo hasta el punto de partida, el cual quedaba a un par de cuadras de distancia.

Todo estaba preparado para la competencia. Los organizadores estaban seguros de que no había carabineros en ese tramo de la carretera, la cual era muy frecuentada para carreras ilegales. Gracias a la aplicación *Waze* sabían en que momento podían organizar, competir y finalizar sin despertar las sospechas de los representantes de la ley y el orden.

Estaban los vehículos en el punto de partida, Libertad estaba en un Citroën BX negro con llantas con el signo de dólar y pulmones hidráulicos. El auto no era de ella, era de un viejo amigo, así que no podía quejarse del mal gusto del dueño en cuanto a llantas se refiere.

Deyanira que miraba a cada rato en dirección de Marcos y Libertad, tenía de copiloto a su hermano Luis (Lucho para los amigos). Si las miradas fulminaran, probablemente Libertad estaría convertida en una mancha de aceite, gracias a los rayos quemantes que saldrían de los ojos de Deyanira. Su auto también era un Citroën BX, pero blanco... de blanco la fresca, ¡jál!, solo le faltaban las cintas y las flores y el vehículo parecería el de una novia.

Los motores comenzaron a calentarse, se notaba que Deyanira era novata, pues se veía a cuarenta leguas de distancia su impaciencia con

el rugir de su motor. Libertad supo de inmediato que esa carrera sería suya.

Una mujer se colocó en medio de los dos bólidos, «vestida» con una minúscula micro falda, y un todavía más minúsculo *top*. Contoneándose, apuntó a cada contendora para hacer contacto visual y que le confirmaran que estaban listas. Levantó sus brazos y después de dos segundos los bajó rápidamente para dar comienzo a la carrera.

Deyanira salió disparada como alma que lleva el diablo, pasando cambios como si su vida dependiera de ello.

Libertad aceleró rápidamente sin forzar el motor, pasando el cambio exactamente cuando su motor se lo pedía, parecía un gatito ronroneando de felicidad. Cada vez iba más rápido y en unos pocos segundos sobrepasó fácilmente a Deyanira, la cual no daba crédito a que la pasaran así como así.

Para Libertad estaba siendo el cuarto de milla más glorioso de su vida, pero a unos cien metros de la meta, sintió un pinchazo que empezó a darle problemas para controlar el vehículo. No podía perder, estaba muy cerca, demasiado.

Gracias a su experticia en unos segundos estabilizó el auto y aceleró. Aceleró porque debía terminar, solo cincuenta metros más, y ese dinero y la victoria sería suya.

—¡Libertad, para! —gritó él.

Él estaba aterrizado, Libertad estaba fuera de sí y lo ignoró. Marcos también sintió el pinchazo, pero ella no daba tregua. No reduciría la velocidad, no iba a detenerse y menos para dejar que Deyanira ganara.

Veinte metros, la novia de Marcos había acortado la distancia. Se acercaba peligrosamente, lógico, su auto estaba relativamente bien, aunque ella iba forzando el motor con sus cambios mal hechos.

Libertad se enfocó en la meta y siguió. Por un par de segundos cerró los ojos, los abrió, y pisó a fondo el acelerador y la velocidad aumentó todavía más. Marcos estaba entrando en un silencioso pánico, aferrándose al asiento como un gato asustado. Sintieron un remezón.

—¡Paraaaaaaaaaaaaa, Libertaaaaaad! —rugió Marcos.

Libertad no le prestó atención, solo continuó... solo un poco más.

Solo un par de metros más... Ahí estaba la meta, tan lejos y tan cerca...

Silencio.

La carrera terminó. Libertad ganó, a pesar de todo le sacó sus buenos metros a Deyanira.

Euforia.

Libertad se bajó del auto rápidamente y se entregó a la celebración con sus amigos que estaban esperándola, estaba contenta gritando y saltando como loca. La adrenalina iba a mil por hora. ¡Dios, cómo amaba esa sensación! La llenaba de vida.

Y esa era su última carrera.